¿Una biblia del cante? (y II)

ANUNCIABA en la primera parte de este artículo una serie de incoherencias en las notas y relaciones de cantaores y la de creadores de las tonás (cantes primigenios) que Demófilo nos ofrece en su «Colección de cantes flamencos» (1881). A continuación, voy a ofrecer las más destacadas:

Toná de Tío Luis el Cagón: no está citado el intérprete en la nómina de cantaores, igualmente ocurre con las tonás de Tío Mateo, Alonso Pantoja, Tío Manuel de Puerto Real y Maguriño.

En las notas del aludido cancionero se citan algunos intérpretes que, después, no están incluidos en la relación de cantaores; por ejemplo: Tío Perico Mariano, Pelao de Utrera, Diego Fernández «El Lebrijano» (aunque hay una cita en las deblas a un Lebrijano) y Tío Curro (acaso pudiera ser Tío Corro, citado por el autor en la relación de Jerez). Tampoco están relacionados otros cantaores citados por otros autores como: Tío José el Granaíno, el ciego de la Peña (de Arcos), Maoliyo de Sevilla, Tobalo, etc.

Nos encontramos también con unas tonás citadas en otros textos que no están en la relación que Juanelo le suministra a Demófilo. Estas son: Tonás de la túnica, del Brujo, de la Grajita, de Perico Frascola, de Perico el Pelao, de Perico Mariano, del Tío Rivas o de Blas Barea (que, muy probablemente, deba ser la debla).

En este tema del cante, hay bastantes tratadistas, más de la cuenta, que se han acercado a él sin la suficiente información, sin el necesario juicio crítico, sin la preparación histórica y literaria conveniente, sin conocimientos musicales, y se han dado por buenos una serie de planteamientos con el mayor desacato a hechos sociales rigurosos y comprobables. Así que entre moriscos y gitanos casi nos dejan a los andaluces sin folklore musical, o en cantidades minimizadas y ridículas. No ha ocurrido con todos, por supuesto; así, Larrea, Alvarez Caballero, Luque Navajas, Mata Gómez, Blas Vega, García Matos, Caffarena, etc., y casi todos los musicólogos han disentido totalmente o en parte de esos desafueros, pero no se les ha tenido en cuenta lo suficiente, o se les ha relegado incomprensiblemente.

No entiendo de ninguna manera este proceso de abandono de lo andaluz, la mayor parte de las veces llevado a cabo por andaluces, así como la sempiterna tabarra promusulmana, que ha vuelto por sus fueros últimamente de forma demagógica y sin fundamento alguno, entre otras cosas por la constante actitud hostil, de piratería y bandidaje de moriscos y berberiscos, aún muy reciente en el tiempo histórico. Alguien ha dicho que la tradicional amistad hispanoárabe es la historia de una permanente enemistad, promovida por ellos, por supuesto, y lleva razón. Los norteafricanos son nuestros tradicionales enemigos, y su comportamiento durante siglos cae dentro del más absoluto esquema terrorista. Solo unas breves líneas de fray Bartolomé Serrano, de un libro publicado en 1674, sobre la redención de cautivos, cuyo título empieza: «Libro en que se da razón del viaje el año de 1670. Trátase asimismo lo que pasa en las redenziones...»; escojo dos textos del folio 129 por significativos y explícitos sobre el bandidaje berberisco: «A 4 de mayo de 1873 metió en este puerto de Argel, Alí Arráez, renegado canario, una presa de 190 cristianos españoles, todos muchachos, que iban por soldados al Estado de Milán. Vinieron más de los 70 heridos muy mal; y muchos muertos que echaron al mar».

«A tres días después entró otra presa de Mallorca de 150, y los más dellos sin brazos y sin piernas; y muchos que echaron en la mar muertos. Cogiólos el Bufón que es un renegado flamenco, y Astuf, turco, con que se llenaron todos los hospitales de heridos, que era una lástima...».

Demófilo, en su cancionero (1881) aún recoje coplas que hacen alusión a cautivos y raptos por parte de los moros. La verdad, es que no entiendo, repito, esta afición proislámica, cuando tenemos otra romana y grecolatina profunda, esencial y eterna. Nuestra moral, nuestra lengua, y nuestra literatura tienen esa indiscutible herencia, por encima de cualquier otra y de forma total y definitiva. Y esto es algo que no debemos olvidar en ningún momento. Nuestros amigos están en otros sitios, y los hechos recientes lo demuestran. Y ahora que nos llega el V Centenario de la Reconquista de Málaga, subrayo lo de reconquista, vamos a oír y a presenciar pintorescas actitudes sobre el tema que ya, por lo visto, se están adelantando. Vamos a ver, digo yo, ¿nos invadieron o no nos invadieron los musulmanes? Si eso es así, y resulta incuestionable, echarlos de España fue una acción lógica, natural y hasta necesaria. Que la cultura árabe aportara elementos a la nuestra me parece muy bien, y así ocurrió, pero sin olvidar nuestras raíces que, oigan esto, eran y son superiores. ¿De dónde se ha sacado que la cultura árabe fue de mejor calidad que la nuestra? ¿Dónde han estudiado historia estos señores?

En cuanto a los gitanos, recientemente he escrito varias veces en SUR sobre el particular, y hace muy poco tiempo, y en el sentido en que yo me expresaba, José Blas Vega, en su último libro —buen libro y buena edición del Ayuntamiento de Córdoba—, titulado «Vida y cante de don Antonio Chacón», en la página 13 escribe: «Tratando de buscarle un oficio mejor que el de zapatero, su padre, a los diez años le metió de peón en la famosa tonelería de Regife, en la calle Clavel, pero era tal la afición que ya había prendido en el joven cantaorcillo que este no hacía más que esconderse por los cachones de duelas a cantar, con las consabidas regañinas de los oficiales al no verle trabajar. Fueron tales las quejas, que su padre se lo tuvo que llevar nuevamente a la zapatería, volviendo las reprimendas de la familia para quitarle la afición por el cante. Nada tiene de extraño esta actitud, pues durante el siglo pasado principalmente y debido a las causas y medios en que se desarrollaba el cante, era lógico que cualquier familia considerase como una lacra el hecho de que un hijo saliera artista flamenco. Esta es una de las razones por la que siempre hubo mayor número de cantaores gitanos. Como ejemplo tenemos el caso del Maestrillo, alfarero de Triana, cantaor payo, considerado en la época del Fillo superior a este, y que prefirió seguir en su oficio antes que dedicarse al profesionalismo».

Y volviendo al tema y, por todo lo expuesto en cuanto a las informaciones que nos ofrecen el tándem Juanelo-Demófilo, poco coherentes, contradictorios a veces en el propio cancionero, en todo caso confusas y poco fiables, y teniendo presente las referencias literarias que ya di en la primera parte de este artículo, parece aconsejable y razonable estudiar el nacimiento del cante desde otra óptica. Y esto es lo que he hecho con los resultados que voy exponiendo en este periódico desde enero de 1984.

José Ruiz Sánchez
De la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo

Diario Sur
13 diciembre 1986